Año IV — Bolívar, Febrero 21 de 1915 — Núm 197

LIBRE EXAMEN

PERIODICO SEMANAL, ORGANO OFICIAL DEL CENTRO DE LIBRES PENSADORES DE BOLIVAR

Aparece los Domingos — No se devuelven los originales — Tiene responsables

Los alcances de la ley

—s—

El pensamiento en el individuo es la atalaya del mundo que le rodea. Querer presionarle, equivaldria a no saber ni comprender el punto de importancia que desempeña.

Si algún delito existe en la sociedad del hombre, y este delito merece castigo, es unicamente el delito de la extorsión del pensamiento.

Podrá cada cual exponer y discutir ideas, mostrar errores, ensalzar méritos; pero siempre teniendo cuidado de no molestar a los demás. La libertad de pensamiento es el principio dignificativo del hombre.

Yo no niego que despojadas las ideologías de los malos ejemplos de sus cultores, tengan todas un sillar básico digno de merecer acendrado respeto, ya que persiguen como finalidad una causa única y anhelada: el bienestar humano; pero, si todas buscan y parten de lo mismo ¿no es por caso esto tambien y una capital razón para negarlas en conjunto, y seguir solo con la más concordante al caracter y al temperamento respectivo de cada cual que las examine?

Todo ser humano ocupa en la vida de relaciòn un puesto diferente al de cualquiera de sus prójimos, y teniendo como digo en el párrafo del comienzo, su pensamiento por atalaya, justo es que sea él tambien y solamente él, quien proceda de concordancia a sus particulares conceptos.

Ahora, si un número extenso o limitado de individuos llegan a coincidir en un punto de partida o en una finalidad de derroteros, nada más lógico que constituyan agrupaciones regidas por leyes naturales y dimanadas de su misma identidad; solo que, debe observarse y tener cuidado, que esas pres❜cripciones no se osifiquen, vale decír, que no se conviertan en dogmas o en sectas cerradas para toda nueva corrección o superación requerida.

La ley ùnica que puede merecer del hombre su respeto, es la ley que le permita revelar sin trabas el pensamiento.

CHANTECLAIRE

¡Ya se fué el carnaval!

—✠—

Ya ha terminado la "momentánea picardìa" de los imbeciles! La espontánea y expansiva locura de los retrógrados! El alegre y divertido vaiven de la muchedumbre...

¡Ya se fué el carnaval!

*
* *

Hoy — como ayer —, son los mismos! ¡Los mismos parias que se arrastran humillantemente, inconscientemente, como cosas o instrumentos que llevarán resortes, ante la despótica soberbia de los patrones!

¡Sí ¡los mismos! Los mismos eunucos de la vida! Los que llevan, tranquilos, sumisos, con las cabezas más gachas que la de los mismos bueyes que van atados en el yugo, la larga, la interminable cadena de sus desdichas! Son, en suma, los amarillos, los eternos brutos de la edad moderna: los que marcharán por mucho tiempo — aún hoy, en el siglo de la luz—, con la obscuridad en sus cerebros. ¡Pobres ex-hombres; son dignos de compasión! Ellos forman, en su conjunto, el producto hibrido, cenagoso, pestilente, de la sociedad capitalista!...

*
* *

Los imbéciles, los hombres "piernas", los "ranunes", se prepararon.

El carnaval se aproximaba...

Y ellos, claro está, cansados de encerrar en sus adentros la brutalidad instintiva de su moral, se pusieron caretas; se transformaron con sus disfraces, y se pintaron como payasos para hacer mucho mejor las piruetas de su sapiente mediocridad.

Unos, siguiendo la atávica tradición nacional, se disfrazaron de gauchos o de cocoliches,— dos seres que se complementan como el Quijote y el Sancho de Cervantes. Otros, para desempeñar bien el papel, salieron de nenes. ¡Oh, que bien estaban estos últimos! Eran los que mejor caracterizaban al hombre ingenuo; al hombre que piensa con mente infantíl!

*
* *

Porqué, hablando sinceramente, todos los que se disfrazaron tenían algo de criaturitas. Y lo tienen. Y lo seguirán teniendo, hasta tanto no pase por su cerebro una ráfaga sana de reflexión. ¡Ya se fuè el carnaval... Y ellos quedaron en el mundo!...

Vicente Todaro — Dáquila

INDUCCIONES

—s—

RACIOCINIO INDUCTIVO

La razón, o sea el grado máximo de entendimiento del hombre, psicológicamente definido por Sergui es: «La esencia del raciocinio en la inferencia»; el hombre sin razón es la nada, el con razón necesita de otra razón para poder razonar.

Ateniéndonos a Dedeu en lo siguiente: «Inducir es pasar de lo particular a lo general; del efecto a la causa, de la consecuencia al principio, del individuo a la espécie y de la espècie el género».

Observamos que, el hombre, necesita el punto de apoyo para deducir un axioma de sus conjuntos de razones, ya sea en los regímenes, en los métodos de constitución social, o en las evoluciones de la raza.

—s—

La obra individualista sobrepasa hoy a todas las tendencias comunistas; hacer obrar el raciocinio y no la elocuencia, escuchar a todos y seguirse a si mismo, con la previa consulta de razones fundadas en bases sólidas.

El egòlatra absoluto es el egoismo de una heteróclita constitución biologica; es el yó aspirando lo infinito.

El Yó, es decir la sensatez altruista de un Yo, tendrá que vivir en la multitud como la comunidad tendrá que vivir en él.

Zaratustra dijo al sol: Oh! gran astro ¿Que sería de tí si no tuvieras a los que iluminas?

—s—

Nada tiene que dar, el que nada quiere saber de nadie (1) porque si yo nada quiero nada doy, y si todos pensáriamos en este absolutismo seriamos matéria muerta y alma estóica.

Donato Robertaccio

(1) Malgrado de un absolutista colaborador de este periódico.

TERCIANDO

—s—

(*Al omnisciente Rafael Bermúdez*)

—s—

Cuando empecé a leer las formidables

polémicas de Bonafoux, experimenté un frio de cenotafio que me helaba la sangre. ¡Porqué cuidado, si es vapuleador este Don Luis, todo un portorriqueño!...

Ya me había acostumbrado a las acrimónias de éste, cuando—¡asombráos!—aparece todo un Don Rafael haciéndome sentir igual trágico pavor!...

Cuando hice mi réplica—"Acotaciones"—(réplica capaz de hacerla el más nesciente, por lo que tenia que refutar), creí que Bermúdez no atinaría a decir nada, desde el momento que nada tenia que decír; mas no fué así.

El hombre se sintió Zoilo, y terció; terció como no le quedaba otro recurso: desviándose de la causal del asunto...

Diré porqué.

Este señor dijo que, cuando él había consultado con su razón, no le importaba lo que dijera aquél ni el otro ni el de más allá. ¡Ah, cuánto alarde, cuanta apostura enfática tienen estos señores foliculários! ¡Oh, loco germano, que mal asimilaron tus libros!...

Dijo, pues, lo que antecede; y ahora, haciendo abstracción, sale con aquello de *encastillarse dentro de sì mismo*; esta frase, según mi entender, quiere decír hermetizarse; crearse un mundo interior, sin recurrir a nadie para nada; ser, en una palabra, dueño absoluto de su *Yo*, o como diría Sanchez Lustrino, "Nada que sea yo dentro del *Yo*; mas usted me ha demostrado que claudica en ese sentido: su hermetismo es imperfecto

¡Há recurrido a Don Miguel de Unamuno, señor hermético!

Y el perro de Salamanca, al decír de Vasseur, le ha meneado la cola haciéndole fiestas, rindiéndole pleitesía!

—s—

En cuanto a eso de la vulgaridad u originalidad de las teorías, me basta con este aforismo de Necra: "Poco importa que una idea sea vieja o reciente. ¿Es verdadera? ¿Es falsa? He aquí lo que interesa".

—s—

Me extraña, pero muy mucho, señor Bermúdez, que todo un catedrático le haya corroborado ésto: "El hombre es sabio por sus ideas y no por sus estudios".

¡Y dijo usted esto a Don Miguel!

¿Acaso las ideas, los principios, no son el producto de los estudios, sean èstos empiricos ó teóricos? ¿La hipótesis no trae, a veces, en su envoltura, un caudal de idéas que son inconcusas verdades? ¿Que sería del Hombre que no éstudiara la Vida, que no sacara de su perenne observancia una conclusión o premisa filosófica, ya sea en una forma práctica o teórica?

¿Que sería del Hombre, repito, si no se le importara lo que dijo tal o cuál, o, mejor dicho—¡ como hay tantos!—, que viven en la Vida... porque viven?...

—s—

Y, después de todo lo que he especificado, después de todo lo que ya de sobra se ha dado cuenta el lector, aún Bermúdez—siguiendo su caracteristica omnisapiente—dice: "el saber siempre se encastilla dentro de uno mismo, y la ignorancia dentro de los demás". En síntesis: Yo soy el ignorante...

¡Y después de lo especificado!...

JUAN LOPEZ DE MOLINA

CONCEPCIONES

Los males sin cuento que se derivan de los vicios de los gobernantes, disminuirán simultáneamente con el principio de dominación en que reposan; la razón pública, sobreponiéndose a la pertinaz resistencia de los prejuicios y de los intereses, sustituirá al de la asociación libre, inmediata consecuencia de la soberanía del pueblo, la única real, la ùnica que tiene fundamento sólido, inquebrantable en el derecho.

Este cambio, seguro, tarde o temprano, bastará para aniquilar los motivos generales de la guerra. ¿Qué podrá turbar profundamente la paz cuando no haya ni guerras de conquista, ni guerra de sucesión, ni guērras comerciales?

Las guerras de conquista, funestas a vencedores y a vencidos, obedecen constantemente a la ambición de un jefe insaciable de poder y de riquezas. Que el jefe, sea cual fuere, en vez de mandar, obedezca al pueblo, del que no es ni puede ser legitimamente más que un mandatario: las guerras de conquista, los desastres y las calamidades que traen consigo, cesan desde el mismo instante en que afligen a la humanidad; pues el pueblo que atacara a la libertad de otro pueblo, sus derechos y su existencia, renunciaría a su propia libertad, a su propio derecho, y se condenaría èl mismo a muerte.

Las guerras de sucesión *¿de que provienen? ¿que son?* Una consecuencia del derecho monstruoso que hace de un país, de un pueblo, propiedad de una familia, su patrimonio hereditario. Estas guerras desaparecerán con el derecho que las engendra.

De los obstáculos puestos a la comunicación de los pueblos entre sí, a la expansión de la industria y a las leyes naturales que tienden a establecer en todas partes el libre cambio entre la producción y las necesidades, no de una nación, sinó de todas las naciones; de estos obstáculos arbitrarios, de que solo se aprovecha el fisco a costa de la prosperidad pública, nacen las guerras comerciales, tan frecuentes en los tiempos modernos. Ya no tendrán razón de ser cuando la perfecta libertad de comerciar haya coronado las otras libertades.

Libres del azote de la guerra, a la que sucederá una competencia transitoria, los pueblos comprenderàn el interés que todos tienen en coordinar sus esfuerzos y organizar su trabajo a fin de sacar de la herencia común del patrimonio universal cuanto pueda facilitar para satisfacer las necesidades de los hombres, para multiplicar sus goces; y de este conjunto de trabajos dirigidos al mismo fin saldrá una masa incalculable de ùtiles producciones que la ciencia, desarrollándose, aumentará sin cesar, mientras que el desarrollo moral determinará su más equitativa distribución.

Así, poco a poco, crecerá el bienestar de todos, y lo malo irá paulatinamente debilitándose por una série natural de progresos generales. El mundo formará entonces una sola ciudad, regida por la misma ley, la ley de la justicia y de la caridad, de igualdad y de fraternidad, religión futura de la raza humana entera.

Robespierre.

Oprimidos

—s—

Seres que luchan constantes
blandiendo sus energías,
hasta en los mejores días
de las dichas anhelantes.

Seres que al dar una vida
inspirada del amor,
depositan una flor
en un alma dolorida.

Seres a quien las cadenas
de este organismo maldito!
prolongan a lo infinito,
el delirio de sus penas.

Seres a quien el destino
siempre tenaz e implacable
sembró hasta lo intolerable
de infortunios su camino.

Son los que sufren, lamentan
el predominio brutal!
Son parias, que un Ideal,
de vida mejor sustentan!

Ramón Amadeo

Lo trivial

—s—

—Sí, hija mìa, no le concedas lo que

el te pida. Se ve que es un sátiro abominable, que quiere saciar sus bárbaros instintos en la sagrada carne de una santa... ¡Oh, Dios mío; porqué habrá en la tierra prójimo tan malo, que solo tiene como misión el sacrilegio!

Y el padre Tiburcio elevaba sus manos unánimes hácia el cielo, como impetrando la divina admonición de las alturas impávidas y mudas.

Rosita, la casta Rosita, como le decía el padre Tiburcio, venía a pedirle consejos al buen ministro del señor; ¡había cometido la ignorancia de haberse dejado besar por su prometido! Y esta mancha tenía que eclipsarse de su almita exenta de las ruindades que se adquieren en el tran curso del tiempo...

Era imprescindible, pues, ir en busca del buen padre, que tenía en sus manos, ungidas por el Eterno, la virtud lustral de purificar cualquier pecado de lesa ánima...

Y ahora lo tenía delante.

La pobre Rosita estaba cohibida ante los aspavientos hiperbólicos del cura; y cuasi gimoteando, entre hipos de angustia, exclamó:

—Sea indulgente, padre; comprenda que yo esa noche estaba loca, sí; estaba encantada... me hablaba tan melosamente al oído, que yo sentíame desfallecer... su aliento confundíase con el mío... experimentaba un placer doloroso... Yo no sabía lo que hacía...luego, él me abrazó y, entonces...

—¡Basta, por Dios!... ¡Pero que has hecho, muchacha! ¡No puedo dar crédito a mis oídos; tu tienes el demonio en el cuerpo; estás posesa!... Pobre castidad desflorada tan villanamente... ¡ah! pero ese miserable tiene que ser castigado rigorosamente... Sí; ya Dios justiciero se encargará de hacerle purgar tan punible delito!...

Estaba exacerbado. Paseábase dando desmesurados pasos con las manos puestas hacia atrás; fingiendo una cólera que jamás sentía. Luego, paróse espontáneamente; la miró con unos ojos repulsivos, de sátiro encelado, y sonrió con una sonrisita que trató de hacerla agradable, pero que era una sonrisa forzada: sonrisa de fauno ante la contemplación de una amplia cadera ninfática. Acercóse más, cuasi rozandola con su amplia sotana; sus manos temblonas por la salacidad, deslizáronse lúbricamente queriendo atraerla hácia sí.

—¿Que hace, padre?; déjeme Vd. que me hace daño... déjeme, ¡ay!... no me apriete; sí, comprendo que he hecho mal... déjeme, ¡ay!...

—¡Oh, déjame que te confunda, que te identifique con mi cuerpo; que quiero absolverte del pecado; quiero hacer la conjunción de las ánimas para que la tuya, alevemente manchada, vuelva a resarcirse de la castidad perdida!... ¡La virtud, hija mía, has perdido la virtud; la joya inapreciable que debe conservar incólume la mujer, tu la has perdido!...

—Pero, padre, perdón; no me haga daño... dejeme, ¡ay!...

* * *

Síntesis — Ha transcurrido un año. El padre Tiburcio sigue siendo indulgente, y continúa con sus retóricos y bíblicos sermones exhortando al Bien a los fieles que concurren a su parroquia, ampliada suntuosamente por una superior concesión del Estado.

Interín, allá, en el pueblito lejano, un honrado obrero departe el mendrugo diario con su mujer y un pequeño vástago.

Pero diz que es una vida imposible, y que aquel obrero—casado a la fuerza por una de las tantan aberraciones jurídicas—acumula en su pecho un caudal de odio incontenible...

J. L. de M.

La Ignorancia

—s—

La ignorancia en los seres, es causa de que no comprendan cual es su verdadero derrotero.

Todo hombre que no trate de instruirse e independizarse haciendose un hombre libre, cultivando su "yó", está de más. Es un ser innecesario; algo asi como un cero, no tiene ningún valor; y debería de desaparecer, porque con su existencia, entorpece el buen camino por donde se han de encaminar todos los mortales.

Si de un soplo se pudiera eliminar de! uno al otro continente todo ser ignorante, habría llegado el hermoso y sublime dia en que la humanidad entera se iluminase por un sol refulgente y vivificador, descubriendo ante sus ojos la senda por donde avanza el genio del bien, inculcador de las buenas ideas y de los libres pensamientos, que con su venida aventan la mala simiente hacia las regiones insondables:

Debido a que la ignorancia tiene mayoría en los seres del orbe, y esa turba de parásitos inconciente hace causa común siguiendo la corrompida corriente de la maldalda y de la ignominia, cavandose así su propia fosa donde perecerán como buitres inmundos, es el factor principal, por el que nuestra doctrina, la doctrina del bién, encuentre grandes obstáculos para avanzar rapidamente hacia el pináculo de la realidad.

Luchamos contra un enemigo superior; es la lucha del bien contra el mal; la libertad contra la opresión; la mala simiente contra la buena savia; el integralismo, contra el ancestralismo pero ¿Que importa eso? ¡La verdad tarde o temprano triunfa, resplandece, refulge, anonada y pulveriza al impostor! Y como la verdad sale siempre triunfante, nuestra prédica tiene asegurada la victoria. ¡Nuestra verbo imperará eternamente, lanzando sus rayos ultrapoderosos sobre los ámbitos del globo terráqueo! ¡Y la humanidad será libre! ¿Veis ese punto luminoso que busca una brecha por donde poder avanzar hacia nosotros e iluminar nuestros cerebros, faltos de luz e ideas sanas, para comprender lo mal encaminados que vamos por este suelo en que vivimos, pero que no puede avanzar porque se lo impide ese otro punto negro? Es el verbo integralista, que en titánica lucha con el genio del mal, trata de vencerlo. Y lo vencerá. Si; lo vencerá lejos... muy lejos... lo hundirá del lado del desprecio. Y vendrá hacia nosotros, inundándonos con su luz fecundante y hermosa, cual simiente impregnada del fruto bienhechor.

¿Quereis aproximar el día de la gran jornada?

¡¡Inculcad a todo ser ignorante el verbo integralista, y habremos dado un paso más hácia el triunfo imperecedero!!

Urbano Zalazar

Galeria social

—s—

Para las siempres falsas y religiosas, el bailar en cuaresma no es pecado.

Lucifer.

El miércoles te hicieron en la frente
la ridicula cruz de la ceniza,
y hoy domingo ya vuelves a la liza
donde peca el católico creyente.

Si alguien te dice ¡hipócrita!, no miente.
Tiene razón y en vez te legaliza,
diciéndote farsante moraliza,
y honra al diablo y a dios devotamente.

Te muestras como torpe comedianta,
y tu imagen de falsa se agiganta
prometiendo encarnarla más villana.

Porque si ahora muestras ¡oh señora!
tu falsía de eterna pecadora:
Como pecaste ayer lo harás mañana.

José M. Rodrigo

La ley...

—s—

Guardia:— (al cazador) ¿A donde vas

con esa escopeta y cartuchera repleta de tiros?

Cazador: — Voy a ver si puedo hacerme de algunas aves para comer yo y mi prole hambrienta.

Guardia: — Mira, la ley prohibe terminantemente matar aves en este tiempo. Estas tienen derecho a vivir y a reproducirse. ¿comprendes?.

Cazador: — ¡Oh, si!, comprendo muy bien, todos los seres tienen derechos ineludibles y el de vivir es uno de ellos, pero dime: ¿Mis hijos y yo no tenemos derecho a la vida como el más pequeño de esos bicharracos? Sì, esto es cierto. ¿Porqué la ley defiende y castiga en un mismo caso? Oye: la vida no necesita de ninguna ley que la proteja; ella sola se basta para justificar su derecho.

Si los hombres han hecho las leyes para tener predominio sobre otros hombres: si el odio que se profesan mutuamente es la causa de tantas injusticias que a diario se cometen, entonces, lo único que cabe hacer ante tantos males es: matar el odio de hombre a hombre, y con eso mataremos la necesidad de matar para vivir.

El odio existente entre los hombres es la causa casi original de todos los males que hoy sufre la humanidad; el desao de ser más poderosos unos que otros, ha motivado para que unos cuantos pillos despojaran a los más débiles, y por eso que hoy tenemos que recurrir a estos extremos dolorosos.

Si yo tuviera el producto de mi trabajo y mis niños no sufrieran hambre, yo no mataría a ninguno, puedes creerlo.

Guardia: — Todo eso es muy lindo y hermoso, pero, ¡¡la lëy es así, amigo!!

Cazador: — Siempre las leyes, recursos bárbaros para vivir en sociedad "civilizada" y poder reducir a la impotencia a todo aquel que no se someta a sus mandatos e imposiciones.

Guardia: — La ley fué hecha para dominar y no para ser dominada a gusto de los dominados.

Cazador: — Yo, no pretendo hacer uso de ella como han hecho los "defensores de los descamisados" lo único que quiero es hacer abstracción completa de su existencia.

La ley persigue y castiga a todo individuo que en esta época del año mata a un pajarillo obligado por un factor que tiene su origen en esa misma ley ¡el hambre!

Esa misma ley que castiga por matar un ave hoy, hoy glorifica y obliga a los hombres a destruir hombres, a incendiar ciudades hermosas y a no respetar vidas, sean estas de niños inocentes como lo mismo de hombres indefensos.

La ley proteje a todos aquellos que de una manera u otra cooperan a suexistencia y poderío, como ser: comerciantes, frailes, militares y los socialistas... parlamentarios. Veamos ahora la obra de estas cuatro ramas principales del arbol, el Estado.

Los comerciantes expender conservas podridas, pescados y carnes corrompidas y todo lo que pueden corromper.

Los frailes inculcan la ignorancia al pueblo, violan niñas y... niños, propagando la màs completa resignación frente a todos los males e injusticias sociales.

Los socialistas parlamentarios ahogan en gérmen toda idea de libertad; con promesas y con halagos al pueblo viven políticamente igual que los demás, ordeñando la vaca (presupuesto) que alimenta el "soberano pueblo".

Los militares son las raices del árbol Estado.

La estabilidad de las tres instituciones anteriores, estriba en la protección y defensa que le presta el militarismo: si este dejara un solo momento su puesto ¡«adios patria! terminarían su misión en la tierra los comerciantes, los frailes y los políticos rojos.

Guardia: — Arrojando las armas y el uniforme al suelo).

¡Dame la mano hombre, somos hermanos!

Si las leyes son hechas para que los hombres se dividan y se odien, es necesario destruirlas para que ningun ambicioso haga uso de semejante calamidad.

(Y los dos hombres permanecieron abrazados un largo momento, simbolizando en ese acto aquel gran pensamiento: «ámaos los unos a los otros».

Mario Castellano.

En la muerte de Anselmo Lorenzo

—s—

Evocación

—s—

Ha muerto ese gran viejo que fué Anselmo Lorenzo, — que fué como columna del ácrata edificio, — que ha sido como un padre que su cuitar nos diera, — y ¡muy sencillamente!, dispuesto al sacrificio.

Invicto luchador, incansable y tenaz, — que nos deja su ejemplo a seguir en la vida — porque siempre fué fuerte, por que siempre fué jòven, — por bajo de las canas, con su fé indesmentida.

Y qué fué como grande roble septuagenario — erguido en el camino, desafiando a los vientos, — brindando de ideales sus más caros anhelos, — sin desdecirse nunca ni en el postrer momento.

Preclara inteligencia que nos dió muchas flores — de esas flores macizas de la filosofía; — aunque nos dió tambien esperanzas y ensueños, — que, en sublime contraste, siendo viejo tenía.

Los años lo han llevado trás rudos batallares, — y estuvo siempre pronto; nunca dió un paso atrás. — Soldado de una idea, fué fiel, y fué sincero, — y fué un hermano bueno que no olvidó jamás!...

¡Hermano viejo, y bueno! ¡Grande viejo y rebelde! — que sembró sentimientos de nuevos ideales; — que su pluma viril, cual de un Larra más nuevo, — fué fusta, y fué martillo, en manos patriarcales.

Mas no ha muerto en nosotros — está mas redivivo: — en los pechos anárquicos habrá un suave rincón. — que con dulce memoria, la imagén del buen viejo — latirá cariñosa, y en libertario sòn.

. . . .

Ha muerto ese gran viejo que fué Anselmo Lorenzo. — Y sin idolatría, sin fausto, ni oropel, — más, ¡sí!, fraternalmente, como un abrazo etereo, — forjé para corona este pobre broquel.

Cuando veais camaradas al borde del camino, — alguno de esos simples, algún ser renegado, — decidle quien fué el viejo, decidle que luchando — murió, y siempre sonriendo con la risa en los labios.

J. Della Grossoleil.

La actualidad y el problema del hambre

—s—

Existe en los pueblos un espíritu de adaptación, que parece quisiera castrar todas las voluntades frente a los momentos de esta catastrofia colectiva, de hundimiento, por medio de la crísis económica presente.

En estos momentos de angustia y de dolor para todos los proletarios del orbe, presenciamos, tiempo há, éste fenómeno que se «llama» miseria y sufrimiento.

Aquí donde todo es placer, alegría y derroche para la burguesía; existen miles de seres que lloran con fúnebre clamor la pérdida de cosas que le son adorables: El hogar, la indumentaria y los alimentos. Otros gimen tristes y angustiados al contemplar su amada prole, demacrada, pálida y enferma por los estertores del hambre.

Aquí, donde los capitalistas tienen su asiento en el banquete de la vida; los párias y los esclavos del trabajo se ven en tétrico montón, arrastrandose en la mendicidad, derrochando el caudal de su dignidad y vergüenza, para conseguir el

mendrugo miserable, que aplaque en algo sus miserias.

Esta resignación, esta mansedumbre cristiana, la adoptó el pueblo, como un castigo del ser supremo, impuesto por un «Dios» mitológico o bíblico... Y entre estos adaptados hay hombres aptos para aunar esfuerzos y demandar por cuenta propia, lo que hoy con resignaciòn tienen que mendigar.

¡Vergüenza.. vergüenza, cúbrete! ¿Que hacemos compañeros?

¿Vamos acaso retrogradando a los tiempos de la esclavitud y del feudalismo? ¿No es acaso el momento de que encaucemos las cosas con unas miras mas elevadas y de acuerdo con nuestro ideal? La respuesta está descontada.

¿Que esperamos, pués? ¿porquè estamos haciendo esta obra contemplativa, en los momentos que más se necesita nuestra acción? ¿Es que se apoderó de nosotros la cobardía?

Si no es así, es de esperar, que encauzaremos las cosas en todo el más elevado concepto que las ideas exigen. Esto por dignidad debe hacerse y todo lo antes que podamos.

¡Compañeros! él problema del hambre, no es ya de hoy, pero, poco hemos hecho por él; lo hemos tomado como cosa secundaria, y debido a eso ahora toma proporciones alarmantes.

Hoy más que nunca, se necesita la acciòn conjunta de todos los trabajadores, aun de aquellos que figuran como centros representativos, para hacer una fuerza consistente, capaz de tomar lo que hemos producido durante tantos años de explotados.

Hoy; donde al obrero se le expulsa del trabajo, negándosele el derecho a la vida... debemos imponer nuestra acción para justificarnos como dueños de los productos —única forma de no dejarnos aniquilar;— por este aplastamiento que tiende a hacerse carne en las masas populares.

Solo se vén mujeres anémicas, encorvadas por el trabajo excesivo, cuando no obligadas a lanzarse a la prostitución por falta de trabajo y porque no tienen con que alimentar sus pequeños.

Niños escuálidos, descalzos y harapientos, paseando sus miserias en las grandes avenidas, donde brilla el oro, fruto del latrocinio, que causan la compasión a todos los corazones nobles y altruistas...

Todo el ejército de desocupados pululan por las calles paseando sus miserias y estridentes dolores—en busca de un amo— que no encuentran: toda la hez paupérrima, que sufre, toda esa mal llamada escoria que pasa largas horas sin comer durmiendo en la «cloaca» o en los quicios de una puerta: que padece y calla.

Después de todo esto: ¿nos mostraremos indiferentes? No. El grito debe surgir—gallardo, y soberbio,— de todos los pechos obreros— de todos los que sufren el actual régimen de oprobio, para levantar la fuerza que ha de imponerse. Los periódicos, toda la prensa de ideas y las organizaciones obreras, son las llamadas a enarbolar su pabellón de combate, ya qué estamos frente al hundimiento general, y aunque haya todavía quien desde la prensa mercantilista, quiera poner remiendos a lo que necesita tallarse a ras de tierra...

El profundo mal que hoy agrava al proletariado, reclama en justicia la cooperación y la acción de todos los que lo miran como cosa secundaria, y todos juntos obrar con la inteligencia que el caso demanda.

¡Obreros todos!: periodistas, anarquistas y liberales, la hora de pulsar los ánimos, de revisar valores llegó. Cooperamos pues a que el pueblo se levante como una fiera indomable por la conquista de sus derechos.

¡Manos a la obra! La burguesía nos acorrala por el hambre queriéndonos hacer perder nuestra dignidad de hombres.

Y nosotros debemos contestar, recogiendo el guante que ellos nos arrojan. A la guerra sorda que ellos nos declaran, nosotros, el pueblo, todo, debe ocupar el puesto que le corresponde—al pié de las barricadas: si el caso llega— Esto es lo que debe estar en todos los buenos corazones, y en todos los pechos proletarios que ansían felicidad y justicia.

Révelo.

LA CARICATURA

—S—

Que siguiendo bajo este régimen impuro unos años más entre el atrofiamiento de cerebros que reina, va la humanidad entre la masturbada corriente de prostitución camino de la bestialidad, es innegable: Habían creído los hombres buenos como dijo Victor Hugo, que por estos tiempos no habría mas fronteras, y vemos con dolor que un aborto de la humanidad, como si un monstruo hubiese parido un ariete infernal, aparece un pedazo de carne a imponerse a todo un mundo, a atajar la marcha de la adusta caravana de los pensadores que van camino del futuro...

¡Triste condición humana!...

Los intelectuales por una parte, los filósofos por otra, y los críticos por otra, tienen a los hombres, (desde los mas *vivos* hasta los mas imbéciles) al alcance de todas las injusticias humanas, tanto en los dogmatismos como en las legislaciones.

Y bien: ¿no lo saben ya todos los hombres? Si? Pero hay tanta imbecilidad o mala intención en la propaganda como en el imbécil que lee: veamos en la parte que me fundo: esto és, en la caricatura.

Hay revistas que sacan en sus carátulas al gobierno o a Dios mismo en tan ridícula figura, que los mismos asnos se ríen y comprenden la inutilidad de ambos, pero la misma revista trae luego un material de "Literatura" que es un horror; diríase que en vez de errados los que escriben, estan *herrados*. Se maldice a la guerra y se dice que las máquinas de matanza estarían mejor convertidas en rejas de arado ..

Y a renglon seguido se quejan porque "tenemos pocos barcos de guerra en comparación a otras naciones menos ricas y menos civilizadas" ..

Si a uno o a otro de los que ven una caricatura de "santo" o "gobierno" se le pregunta por el valor de estos, contesta: "Son todos unos ladrones, deberíamos de unirnos y voltearlos".

Amen de todo lo que se pregunta a los hombres sobre gobiernos leyes o religiones, y a toda la rutina que mantiene a esos vampiros del poder que viven irrisoriamente sobre la miseria de los pueblos.

Todos los hombres saben la ineficacia de la ley, la ruindad de lo que se llama equivocadamente "justicia"; todos los soldados del ejército saben la infamia que se comete con ellos; todos los que pagan impuestos saben que los roban, todos los que dan el voto para subir al poder a un diputado o presidente, saben que no cumplirán nada de lo prometido, y que aún "cumpliendo" siempre será una farsa, una monstruosidad, un crímen; todos los religiosos saben que el sacerdoto disfrutara con lo que ellos le entregan para las "ánimas"; y todos en fin, saben que todo es mentira ..

Pero el espíritu de la costumbre, la idéa de la rutina, la terquedad de seguir un mal camino por el "qué dirán," son luego las columnas que mantienen este régimen estatal que pesa sobre todos como una infamia palpable, que la vemos, nos hiere en las carnes cobardemente, nos escupe, la vemos débil, y no somos capaces de embestirle, y siendo mas, y mas valientes que ella, nos mantiene a cada uno el prejuicio de los otros. ¡Somos unos canallas!...

Los imbéciles cuando ven que se respetan sus amenazas se hacen valientes. He aquí lo que ha hecho la ley, esa frase hueca, esa ramera impúdica, bestia maldita que suelta sus hinaiblidos entre los hombres, nació débil, sin sentido, como cuerpo acéfalo, y los hombres siempre cobardes, siempre guiado por el instinto de los otros, dieron lugar a que esa frase se convirtiera en monstruo de la humanidad. Porque veamos detenidamente lo que es una ley...

El pueblo, el eterno animal de carga, no contento con el yugo que tiene, echa sobre sus hombros el peso de un charlatán cualquiera que le diga que le traerá una mejora, pero ¿quien es ese hombre que pueda hacer solo lo que la fuerza

del pueblo no puede o no quiere?... Y ese hombre ayudado por la enorme multitud escribe una ley y la arroja como un guante de desafío sobre el rostro del pueblo. Y éste la acoje y carga con ella camino del calvario...

¿Para que mira el pueblo la caricatura de cualquier bodrio público, si luego el mismo la tiene entre sus brazos y no la oprime hasta que derrame hiel por la boca?...

Ni el gobierno ni el clero ni ninguna ley son malos, tiene mas culpa quien pre para el crímen que quién lo ejecuta, y bien: el pueblo es quien les encastilla, el pueblo tiene la culpa, y el pueblo debe de destruir lo que levanta.

No intente ni espere que una ley mejore la situación. Las leyes son lobos y el pueblo es carne. Mientras existan éstas y el pueblo en las mismas circunstancias, preciso es cortar por lo sano. Necesario es que el pueblo entienda que los códigos hay que quemarlos; echar los "santos" a la calle, y transformar los templos en escuelas, pero no escuelas del *estado*.

De dos mil millones de séres próximamente que ambulan por la tierra, las noventa y nueve partes viven muertos, los asesinan al nacer las madres, los sacerdotes, los mismos padres que creyéndose libertarios, no saben lo que significa la Libertad. Estamos lejos de ser libres. Estamos cada día más oprimidos, las bestias no han dado nunca un espectáculo a los hombres como nosotros al mundo con el último crímen del siglo XX.

¡Humanidad bestial que te crees civilizada! ¡Humanidad sin luz ni guía, monton de podredumbre andante, macabra procesion de famélicos, monstruos sin ojos, tomad ejemplo de los asnos, imitad a los animáculos y sereis mas felices! Vosotros los hombres habeis sembrado pan para todos, no sabeis comerlo, moris de hambre. Habeis construido armas para todos menos para vosotros. Seis mas que ellos y os dejais matar como cobardes. Feneceis y llorais sangre...

Ya lo sabeis todo, la fuerza se rechaza con la fuerza. La razón no existe. No queda otro remedio de redención que el de ir a la catástrofe, o entrar en lucha, o permanecer quietos unos años mas, y no quedarán ni oprimidos ni opresores; porque los tiranos no deben de olvidar que cuando no queden mas victimas, fenecerán tambien como las fieras hambrientas.

Es una gran vergüenza que los hombres esten al alcance de todo y se dejen guiar por las apariencias, y que vivan entre la mentira por pura cobardía...

F. M. Casildo

El hombre y el asno

—s—

(FABULA)

—s—

Un asno viejo y enfermo se detuvo cansado en médio del camino, con su pesada carga, y quejandose amargamente ante su *dueño*... que lo castigaba, le decia:

—¿Porqué me martirizas y maltratas de esta manera? ¿No te he ayudado a mantenerte y a acumular tus riquezas con mis largos años de rudo trabajo? ¿Acaso, siempre que me mandaste tirar del arado, dar vueltas a la noria, llevar las bolsas de trigo al molino y transportarte diariamentes sobre mis hombros, he lanzado algúna queja?...

Por tu mandato, he trasnochado con el peso de mi carga sin comer un poco de pasto para reponer extinguidas fuerzas y sin beber siquiera un poco de agua, para apagar la ardiente sed que me devoraba.

Siempre continué mi camino callado y sumiso a tus mandatos, en la creéncia, de que llegada mi decadencia física, sabrias retribuir tan innumerables sacrificios.

Considera: que tus riquezas representan glóbulos rojos de mi sangre; fragmentos de mi ajada piel, y partículas de mi cuerpo. ¿Que quieres pues?....

— Quiero — replicó el "dueño" — que prosigas tú camino y lleves la carga a su destino; allí te *obsequiaré* con una frugal y suculenta comida que reforzará tus fuerzas. Tambien te *prometo*... buen descanso en *pago* de tu esfuerzo; anda pues, si no quieres sentir nuevamente el peso de mi látigo en pago de tu desobediencia y de tus evasivas...

—No son evasivas, *patroncito mio*... siento flaquear y vacilar mis piernas, mi vista se núbla y los muchos años que sobre mí pesan, impídenme proseguir... ya no puedo trabajar... No puedo.

—Son inútiles tus reconvenciones; conozco bién tu fortaleza y contextura para que me convenzas. Y dando entonces un un fuerte fustazo sobre el animal, exclamó con mandato imperativo: ¡Arreee'...

El paciente y sumiso asno, siguió su forzada marcha...

. . . .

. . . .

Al amanecer la aurora del siguiente día, una tenue sábana de escarcha plateada cubría el cuerpo inerte del pobre asno; y el *hombre-dueño*, al verlo inanimado, impasiblemente exclamó:

¡Caramba! ¡Caramba! ¿Estaría enfermo este animal?.....

—s—

MORALEJA

— —

En las fábricas, talleres y establecimientos donde el obrero se cselariza sumisamente desde su infancia bajo la tiránica ferúla de un egoista cegado por el oro, encontrarás el asno de mi fábula, lector amigo.

F. H. Luques

Rosario 1 de Febrero 1915

El deber del periòdico

—s—

Para los que escriben

—s—

Los periódicos son a la vida como el abono a los campos. La lucha diaria va consumiendo a los componentes de la sociedad sus energías naturales. Los agota en su fuerza y los invalida en su poder. Es como si dijéramos, una demanda continua de vitalidad que acaba por dejar exhausto al organismo. Y tan exhausto, que si no tuviese quien le tonificase, concluiría por llegar a la muerte. Al caos.

Pero así como la Naturaleza fué sabia para con la tierra devolviendole el oxígeno perdido por medio de las plantas que lo absorben del aire, así tambien no ha olvidado la perpetuación de la vida social del hombre, tonificandole por medio del abono de la hoja periódica.

La tierra recibe como alimento vivificante la materia, que descompone y asimila, nutriendose con ella hasta recobrar las energías gastadas, y poder ser y devolver lo que antes fué, expresando al mismo tiempo la robustez e indestructibilidad de su compuesto con la sola costa del transformismo de la forma.

Así la prensa periódica. Opera con pocas variantes de la misma manera. Ella es tónico que reconforta y devuelve al organismo social las enseñanzas y deducciones de que habrá de menester luego en la vida. En sus columnas se reflejan y se transforman los pensamientos. Se comprueban admitiendose o rechazándose las hipótesis; se elaboran los conceptos y se ajustan a las necesidades humanas; se plasman los espíritus y se fijan los caracteres; se vislumbran horizontes y se perfilan futuros; se asimila lo que fuera en otrora desasimilado, y es en fín el hermoso laboratorio donde se funden las ideas y donde tienen orígen y nacimiento los nuevos valores ideológicos, que sirven luego para resarcir a los desgastes morales de la sociedad, en la justa y a veces superior medida de las demandas que aquella sienta.

Comprendamos entonces la misión que representan los periódicos en el ciclo evolutivo de la existencia, y procuremos

que en ellos se eclosionen las fuerzas re confortantes con el mínimun de la pérdida de su desperdicio.

Lo trascendente de la obra no admite excusas ni sabe de que puedan eludirse los deberes, y es tiránico, porque los comprende con el máximo de su conciencia.

TEOCRITO

Miraje

— s —

Solo tinieblas veo en torno mío.
La humanidad estulta se despeña,
y pudiera decirse que es su enseña
la de caer en valladar umbrío.

Mi espíritu doliente siente frío.
Prendió la inercia en mi alma. Ya no sueña,
y el mismo corazón hasta desdeña
el imprecar que le escuchó al impío.

Todo es como un reinado de tinieblas
en que la duda de los hombres puebla
sus ambitos con odio y con venganza;

Haciendo desangrar a los lirismos
en podre de materia y sensualismos
castrados de ideal y de esperanza.

A. NIL

Laudatoria

— s —

«Lo que no sirve que desaparezca». He ahì la ley más sabia y más justa de todas las leyes concebidas. Ella, si se pudiese y supiese interpretar, sería más ecuánime que la misma ley niveladora de la muerte. Hasta pudiera decirse, su correctora.

La muerte en ciertos casos se lleva lo que no se debría llevar, y deja lo que estaría en el deber de no dejarlo.

Es hermoso y hasta sublime practicar el pensamiento que encierran esas seis palabras simples: Lo que no sirve que desaparezca. ¿Dónde hallar una más completa interpretaciòn de la justicia? ¿Dònde encontrar nada que le iguale o se le parezca en su acción constante de perfeccionamiento y de progreso? ¿Dónde concebir para el hombre un principio con más fundamento de moral? ¿Dónde otra cosa que pueda sobrepasarle en intenciones loables y en profícuas realidades tangibles?.

En ningún sitio.

Lo que no sirve es muy humano hacerlo desaparecer. Para estorbos son ya bastantes los que se tienen con la ignorancia o con todo lo imperfecto de la vida. Sobran obstáculos para el ya calamitoso marchar de tortuga que lleva el individuo en su transcurrir de la existencia.

Hay mucho de infantil en los que buscan atenuantes para proceder como aquí se pregona: en aquello que nadie es infalible y que más vale la culpa de un error que la responsabilidad de una culpa. De cualquier lado que lo veamos, el mal del hombre es transitorio comparativamente al perpetuo de la sociedad, y más vale pecar por exceso de celo que no por sentimentalismo piadoso.

Si hay un algo que se crea estorbo y se destruye, siempre se gana. En vez, si al estorbo se le quieren encontrar posibles atenuantes, siempre se pierde. Lo categórico no es obra de la vacilación, y el exceso de conciencia de lo infalible llega en su extremo de duda a invadir el campo fatalista.

Quien no quiera obrar por miedo a equivocarse es un timorato que suicida la vida; y el que no quiere destruir por iguales causas a lo que solo y aún en apariencia se debiera destruir, es tan retardatario e involutivo como el primero.

Si no se camina con mayor celeridad, es más seguro que no responde a otra cosa que a la piedad por los estorbos.

A esa reverencia por la tradición y respeto por el recuerdo, que hacen persistir indefinidamente lo que sería obra cuerda y humana que desapareciese.

La crueldad de este proceder no sería más que una perfecta justicia.

VIRIATO EPAMINONDAS.

Matemàtica de volumen

— —

Menor cabeza cuanto mas estómago

— s —

Casi pudiera decirse y con todos los contornos de un axioma, que las matemáticas se encuentra en todos los fenòmenos de la vida sin excepción. En las ciencias exactas no digamos, allí estàn ya comprobadas. En la química y en la física se tiende y se está muy cerca de ello, y hasta en las cuestiones biológicas y sociológicas en general, se perciben con bastante claridad en lontonanza.

Hay en todo reglas directas o inversamente proporcionales de una armonía y de un ritmo perfecto. Parece como si la Naturaleza hubiese puesto en la vida a los hombres, a las cosas y a sus manifestaciones, simétricamente reguladas. Solo es la inteligencia la que no se puede todavía representar con guarismos precisos y observando leyes afines que las una. Hay factores como la simulación y la hipocresía que imposibilitan dar respuestas claras y soluciones exactas.

Pero, a seguir así, me voy apartando sin hacer mención del motivò que diò origen al presente articulo: Cabeza y estómago.

Existe entre ambos y en un plano de observación matemático-sociológico su ley que los regula. Una y otro se encuentra entre los hombres en relación directamente inversa. A menor estómago, mayor cabeza. A menor cabeza, mayor estómago. Y no va lo dicho en broma ni en cuento. Lo digo en serio, conforme y dispuesto a recibir las iras de los voluminosos ventrudos. Pero como todo, el presente caso tiene su causa de razón: La función hace al órgano. Quién alimente mas al estómago que al cerebro, hará que aumente el primero a costa del segundo; e inversamente si procede en contrario. De ahí que se vea a burgueses, curas y políticos con vientres descomunales, y a maestros de escuela y a tantos otros que viven con letras, imitando al enjuto tipo de Cervantes Saavedra.

Puede que también (y no lo digo esto como descargo) haya cada tanto una exepción. Péro son muy raras. Tan raras casi como son las nevadas en la línea ecuatorial. Porqué además, para juzgar con mi pretendida ley matemática, se debe antes apartar y seleccionar los tipos de experiencia. No se deben mezclar los hidropicos que son los menos, con los que tienen solitaria y son los mas.

Hay muchos que sin ser voluminosos no tienen tampoco muy desarrollado el cerebro.

Hay muchos que tienen la solitaria.

R. M.

Fuera màscaras!

— —

La observación es la fuente de las enseñanzas. Quien se detenga y abreve en ella, encontrará mas de cuatro veces agua cristalina y fresca que calme la sed ardorosa que le llevó a saciarla en su manantial.

Y yo, que soy uno de los tantos sedientos, aprovecho siempre y con buen resultado el fresco que nos brinda.

Sin ir más lejos, estas líneas me son sugeridas por una observación carnavalera. Por una lucha del sentimiento con la pasión. De esas dos bestias que han hecho del hombre cueva en que albergarse.

He asistido como observador a dos bailes y observé. En uno vi a niñas despojada de los trapos negros que llevaron hasta la víspera y de aquel fingido compungimiento que era su hipócrita expresión, bailando «honestamente» en la vorágine del sensualismo. En otro pude observar a varios «caballeretes» con cincuenta insignias de luto riguroso haciendo *pen-*

dant con las niñas. Ambos grupos se manifestaban como eran, con desparpajo pero con sinceridad. Aprovechando el carnaval se presentaron al desnudo.

Y el observador-observó...

Vió a la hipocresía despojada de su más cara. Lo vió en medio a toda su pasión, su sensualidad, su podre lumbre, y comprendió que sería preferible eso: el ser lo que se és sin aparentar las apariencias de un santo o de un tipo sufriente, cuando en el interior bulle un «calavera» o una «divertida» en forma de demonio.

CINEMA.

Punto

(Para un compañero que no es intransigente).

—s—

Si no te conociera de muchos años a esta parte, y no me constara de que eres bueno, yo no podría creer—por la forma en que hiciste publicar nuestros trabajos,—que obraste de mala intención; pero, ya que esto no es admisible, dada tu manera de pensar, habrá que atribuirla a una grave equivocación.

Si estas cartas hubieran sido publicadas todas y en turno, como fueron escritas, el lector hubiera podido formarse una idea exacta sobre lo que discutíamos,—y por ende saber de que lado estaba la razón.

Bien. «La Protesta», al principio de la guerra, dió cabidas en sus columnas a diferentes artículos, tanto en pró como en contra de la actual conflagración europea,—y lo que solo hubo es que los redactores de ella tambien tienen un poco de materia gris, y este poquito de materia gris quiere tambien movimiento independiente, y es por eso que han expuesto sus propias opiniones que tú aún no has podido refutar.

Tú, según se vé, no eras francófilo... pero sí, estabas de acuerdo con los pensadores que defendían a Francia, y es por eso que me apresuré a demostrarte tu error.

En cuanto a lo de «La Protesta», sólo quiero recordarte que por no haber publicado una aclaración tuya, cuyos motivos los ignoro, has empleado casi un número entero de «El Obrero Ferroviario» para sacar los trapitos al sol», que, en la forma que estaban tendidos causaban muy mal aspecto a los transeuntes, o, más claramente, en la forma que lo has escrito, y dado el elemento que lo lee, has hecho mucho mal. Y, despues de todo, creo que los ferroviarios necesitan saber, ante todo, el porqué están organizados. Por esa razón soy del parecer de otros compañeros, y digo como ellos que los esfuerzos hechos por los organizadores para hacer aparecer ese número fueron mal empleados.

De esto, tú te habrás dado cuenta y creo te enmendarás.

Yo he discutido y estoy siempre dispuesto a discutir las ideas y no debo dejarme arrastrar en una controversia personal.

Vuelvo a repetir que nosotros no idolatramos, y es por eso que en la actual contienda, como en todas las que se presenten, discutimos a las ideas, que son las únicas que para nosotros suman valores.

Yo no soy fanático por la sencilla razón que el fanático no discute sus ideas, y yo, siempre que encuentro ocasión, discuto las mías y las comparo con otras; habiendo obtenido de este sistema excelentes resultados; y a tí mismo, amigo, creo haberte aplicado dicho sistema y con excelentes resultados tambien. ¿No recuerdas cuando tú eras socialista y, defendías los duelos de tu ídolo? ¿Fanático yo?

No amigo, no; convicción y nada más!

Desde que empecé a pensar y a darme exacta cuenta de mi estado económico y de las múltiples trabas con que tropieza un trabajador como yo, siempre fué mi convicción que yo jamás sería «una personalidad».

De manera que por ese lado, no habrá en mí ninguna desilusión, amigo. Yo no he leido todo lo que ha dicho el compañero Torralvo, en su última controversia con Ricard; — pero por lo que tú transcribes, sé que te sería muy difícil sostener ciertas teorías.

Para no ser profeta, dejo que el tiempo diga cuando será la revolución social; y solo sé que ella no se hará solidarizandose con algún régimen, ni idolatrando a algún intelectual.

Tus preguntas creo no deben ser contestadas por no venir al caso con nuestra discusión.

Así, en esta forma pongo, punto y doy término a esta pelémica.

Ya he dicho lo que tenía que decir a tu primera carta.

Amigo como siempre.

Grassi

Las ferias francas

—s—

NECESIDAD DE COMPRADORES

—s—

Están de moda las ferias francas. Los mercados de la carne.

Es muy saludable negociar sin revisiones ni patentes.

Pero no se crea que me refiero en el sentido de *comercio*. No. Mi propósito tiende a poner de relieve los mercados mundanos de carne humana. Los bailes. Esas reuniones de la «higliffe» que tan abundantes fueron la semana fenecida, y que no han todavía finalizado, supieron estereotipar como necesaria las exigencias culminantes del gran stock de los productos.

Hay abundancia de mercadería que pide a gritos ser comprada, y como le faltan mercados, aprovecha de estas coincidentes reuniones que podríamos llamar: las férias francas.

En ellas, exentas de control y eximidas de derecho, las gentes expositoras no tienen más que hermosear sus tendejones, revistiendoles de hojarasca y de papel pintado, en espera y procura que la tentación haga su parte, y se rinda ante las melosas palabrerías de los encargados en sus respectivos mostradores. El sebo del anzuelo es la reclame, y el pez picador es la victima.

Lo notable del caso, es que esas mismas gentes, despues de salidas de la féria, tornanse de nuevo exigentes en extremo, y ya sea el sexo feo o el bonito, las hijas de Eva o los niños de Adan, todos reinciden en las disposiciones del antiguo matadero, en lo que toca a certificados y a la revisión.

Pero menos mal que las férias francas los eximen por un momento de todo deber. Debiora aprovecharse la feliz circunstancia. Encarecerse la afluencia de compradores. De... victimas.

INK ROTH

De la libertad

—s—

Se ha dicho y se dice que el hombre libre es el emancipado, el que aprecia los valores reales de la vida; y yo opino lo siguiente: el hombre libre es aquel que mejor sabe interpretar la libertad; el hombre podrá llegar a emanciparse, pero jamás a ser libre, aunque haya roto con todos los prejuicios sociales. El hombre podrá ser libre, solo cuando sepa interpretar la libertad.

Rosendo A. Queyjo

Conferencias

El Jueves 25 de Febrero a las 9.30 p. m. en el local de este Centro, tendrá lugar la 69ª. Conferencia, la que versará sobre:

"Las dignidades profesionales"